

# ¡Indio Macho!

El Tiburcio Colque estaba metido en un lío muy serio y, lo que es más grave, no tenía idea de la magnitud de ese lío. El Tiburcio Colque era un soldado que había desertado en el campo de batalla, frente al enemigo. Se hallaba encerrado en un calabozo, aguardando la reunión del Consejo de Guerra y, naturalmente, iba a ser fusilado. Esto último lo sabían todos, excepto, precisamente, él. Y no lo sabía porque, en su fuero interno, estaba convencido de tener la razón, de haber sido víctima de un lamentable error que, tarde o temprano, tenía que aclararse.

Se había extrañado muchísimo cuando, cerca de Villa Montes, fue cogido por una patrulla que le exigió sus documentos. ¿Qué documentos iba a mostrar? No tenía ninguno. Y se había extrañado más aún cuando esa patrulla lo llenó de insultos, lo amarró y lo condujo de vuelta a su regimiento.

En verdad, tenía una vaga noción de que abandonar el ejército no estaba bien; pero estaba seguro de que, en su caso particular, había sobradas razones para hacerlo. Después de todo, en el ejército había miles de otros soldados y él no era tan importante. Además, no se había llevado nada que no fuera de él, excepto el uniforme y eso obligadamente, porque no tenía otra cosa que ponerse.

En cuanto al motivo de su desertación, era, a su juicio, suficiente: se le había muerto la vaca.

Esto, a primera vista, parece no ser tan suficiente; pero para el Tiburcio Colque era suficiente, más que suficiente. Cuando seis meses antes lo habían apesado en su sayaña para incorporarlo al ejército, poseía una madre, un sembradío de papas y una vaca. Muerta la vaca, no quedaba más que el sembradío de papas que nadie iba a trabajar y la madre que no tendría cómo mantenerse.

Se le comunicó que iba a ser juzgado por un Consejo de Guerra y la noticia le produjo una gran alegría. Estaba seguro de que allí iba a aclararse todo. Fue, pues, a la barraca donde funcionaba el Consejo con aire tranquilo y confiado, lo que, como es natural, asombró un tanto a los tres coroneles en cuyas manos estaba su suerte.

El Tiburcio Colque no entendía el castellano y si alguno de los jueces entendía el aymara, no lo demostró ni un instante durante el juicio. Por lo demás, no había mucho tiempo que perder con el soldado raso Tiburcio Colque. Este fue sentado en una silla, rodeado de cuatro guardias, bala en boca, y allí se estuvo, sonriendo, mientras duró todo.

Un coronel leyó, en voz alta, unos papeles y, luego, fueron llamados los soldados u e lo habían capturado cerca de Villa Montes. Estos fueron preguntados y contestaron. Tal vez estaban refiriendo los detalles de la captura, lo que estaba bien, porque así los jueces podrían enterarse de que él, Tiburcio Colque, no se había llevado nada que no fuera suyo, excepto el uniforme, claro está.

Después de los soldados, fue llamado el sargento que comandaba los soldados de su compañía. No era una mala persona. Concluida su declaración, sonrió al detenido. Ese era un buen augurio y el Tiburcio le sonrió también.

Todavía estaba sonriendo cuando los tres coroneles se retiraron a deliberar. No hizo falta mucho tiempo para que se pusieran de acuerdo. Y continuaba sonriendo cuando se le comunicó la sentencia: había sido condenado a morir frente a un pelotón de fusilamiento a la mañana siguiente.

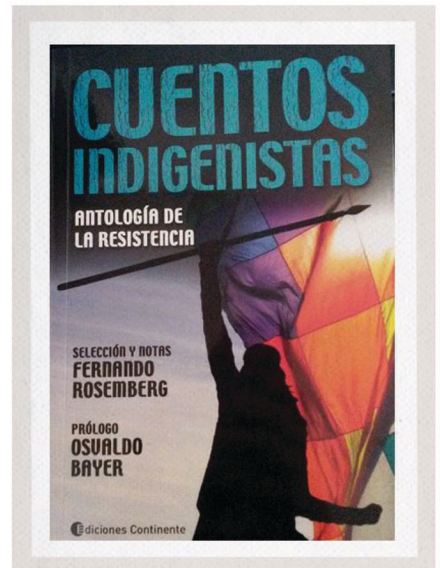
El capitán Rogelio Salinas, secretario del Consejo de Guerra, quedó asombrado por la tranquila serenidad demostrada por el soldado raso Tiburcio Colque durante el juicio y cuando le había leído la sentencia. ¿Cómo un individuo tan valiente, que recibía, sin pestañear, la noticia de su muerte, podía, a la vez, ser tan cobarde como para desertar ante el enemigo?

El Tiburcio tuvo una última oportunidad para explicarse, cuando el presidente del Consejo de Guerra, como es de práctica, le preguntó si tenía algo que decir en su defensa. Como lo hizo en castellano, el Tiburcio, que no entendió nada, denegó con la cabeza. El capitán Salinas no tenía nada que hacer aquella noche y se la pasó pensando. No podía explicarse la actitud del soldado raso Tiburcio Colque. Desvelado como estaba, se puso las botas y, fumando un cigarrillo, fue a meter la cabeza por la pequeña mirilla del calabozo. El Tiburcio Colque, naturalmente, estaba dormido.

-¡Indio macho!- pensó el coronel.

En el trópico clarea temprano. Apenas amaneció, el Tiburcio fue sacado de su celda y precedido por cuatro soldados y un clase, se lo condujo a un claro abierto en la selva, no muy lejos de las barracas del Comando. Es posible que se preguntara el motivo de aquella ceremonia; pero no debió penetrar su significado, porque, aunque un tanto molesto por haberse tenido que levantar temprano, seguía tranquilo.

Le fue, por segunda vez, leída la sentencia y, mientras una escuadra formaba a su frente, se le vendó los ojos y se le ató las manos a la espalda. Tal vez, en el último



instante, al oír las voces de mando, se dio cuenta de que iba a morir; pero ya era tarde. No tenía cómo explicar a nadie que su vaca había muerto y que su madre no tendría con qué mantenerse.

## El autor: José Fellman Velarde

Nació en La Paz, Bolivia, en 1922. Fue periodista, político, novelista e historiador. Militante e ideólogo del Movimiento Nacionalista Revolucionario, se desempeñó como ministro de Educación y Bellas Artes, ministro de Relaciones Exteriores y senador nacional de su país. Escribió, entre otras obras, "Una bala en el viento" (1951), "La montaña de los ángeles" (1958) y "Los imperios andinos" (1961). Murió en 1982. El cuento que aquí les presentamos, revela con ironía la distancia existente en su país entre indios y blancos.

## El libro

Esta antología de cuentos, seleccionados por Fernando Rosenberg y con prólogo de Osvaldo Bayer, es un intento de saldar una gran deuda de más de 500 años. Busca dar visibilidad a quienes fueron ignorados como actores de la historia de la nación latinoamericana y devolver las voces que, una y otra vez, fueron silenciadas desde la conquista hasta nuestros días.

